

Leonardo Gasparini

Recortes *

Capítulo 2

Ingreso o consumo

Es típico que hablemos sobre la “distribución del ingreso”, aunque en realidad en muchos países la desigualdad y la pobreza se miden sobre una variable distinta: el gasto de consumo. La diferencia entre estas dos variables es simple: el ingreso es lo que entra y el gasto lo que sale del presupuesto familiar. Si un hogar no tuviera posibilidades de ahorro o desahorro, las dos variables serían exactamente iguales, pero en muchos casos una familia puede ahorrar en ciertos períodos, con lo que el ingreso será mayor al gasto, o desahorrar, y en consecuencia el gasto de consumo excederá el ingreso.

En economías informales es frecuente que el ingreso de los hogares sea muy volátil a lo largo del tiempo. Un mes una persona consigue realizar algunas changas, que desaparecen el mes siguiente; un agricultor espera durante meses y cobra su cosecha en pocos días; un vendedor callejero aumenta sus ventas los días de calor, que se hacen mínimas en las jornadas lluviosas. En este contexto de volatilidad medir desigualdad con los ingresos puede implicar una sobre-estimación de la desigualdad real. En estos casos es preferible calcular la desigualdad no con los ingresos, sino con el gasto de consumo de los hogares, que resulta más estable en el tiempo, menos volátil a los vaivenes económicos de corto plazo. En cambio, las ventajas del consumo por sobre el ingreso como eje de las mediciones distributivas se minimizan en el caso de economías más desarrolladas, donde la mayoría de los trabajadores tiene un empleo formal y los patrones de ingreso son más estables en el tiempo.

* Este documento incluye recortes y material descartado correspondiente al libro *Desiguales* de Leonardo Gasparini (Edhasa, 2022). Por favor, no usar sin permiso.

En la práctica, los países más desarrollados miden desigualdad en el ingreso, mientras que los países más pobres calculan la desigualdad sobre el gasto de consumo. América Latina es una región intermedia, ni rica ni pobre, lo que se ve reflejado en la heterogeneidad de enfoques sobre este punto: algunos países monitorean la desigualdad de consumo (Bolivia, México, Ecuador, Perú) y otros se focalizan en el ingreso (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Uruguay, entre otros). Por fortuna, los países del primer grupo también se ocupan de relevar datos de ingresos, por lo que la práctica usual en nuestra región para realizar estudios comparativos es calcular la desigualdad en la distribución del *ingreso*.

Ingreso o consumo: un ejemplo

En economías en desarrollo es más frecuente que el ingreso de los hogares sea más volátil que el consumo a lo largo del tiempo, lo que puede implicar una sobre-estimación de las desigualdades reales. Un ejemplo quizás aclare este punto. Pedro es un pequeño agricultor en Curuguaty, en la región oriental del Paraguay. Durante abril y mayo, los meses de cosecha, Pedro vende la producción de yerba mate y recibe un ingreso, que luego debe administrar durante todo el año para financiar sus gastos, ya que los ingresos en el resto de los meses son reducidos, apenas los provenientes de algún trabajo temporario algunos fines de semana en el pueblo cercano. Ahora bien, la encuesta de hogares de Paraguay pregunta sobre el ingreso del último mes, no sobre el ingreso de todo el año, por una razón prosaica: pocos recuerdan con alguna precisión lo que ganaron hace varios meses atrás. Pero el hecho de preguntar por el ingreso del último mes genera un problema: si la encuesta entrevista a Pedro en abril o mayo, los meses en los que cobra toda la cosecha, parecerá que su ingreso es relativamente alto, y erróneamente pensaremos que se trata de una persona de clase medias alta. En cambio, si lo encuestamos en otro mes, digamos octubre, su ingreso será muy bajo, quizás hasta sea cero, y pensaremos que Pedro es extremadamente pobre. Hay una alternativa para aliviar este problema: preguntar por el gasto de consumo. Pese a sus ingresos fluctuantes, Pedro posiblemente tenga gastos de consumo más o menos estables. Si medimos su consumo no nos parecerá que Pedro tenga un nivel de vida alto en abril o mayo, ni nos parecerá extremadamente pobre en el resto de los meses cuando sus entradas de dinero son mínimas. En síntesis, en estos casos el gasto de consumo es una medida mejor que el ingreso para captar el

nivel de vida de una persona, y por lo tanto para hacer estudios y estadísticas distributivas.¹

Las ventajas del consumo por sobre el ingreso se minimizan cuando las economías se vuelven más desarrolladas. Si Pedro firma un contrato anual con alguna empresa de yerba mate que establezca pagos mensuales e incluya algún seguro por mala cosecha, o si se convierte en trabajador asalariado en el pueblo cercano, recibirá ingresos más estables. Es más, si accede a créditos de consumo es posible que su gasto sea más variable mes a mes que su ingreso, y el problema descrito se revierta.

¿Y la riqueza?

La riqueza es otra variable candidata a ser el centro del análisis distributivo. De hecho, una de las manifestaciones más tangibles de desigualdad es el contraste entre las grandes fortunas de algunos pocos y la escasa disponibilidad de activos de la mayor parte de la sociedad. Sin embargo, al tratarse de una variable de *stock*, la riqueza tiene alguna desventaja importante respecto de una variable de *flujo*, como el ingreso. Un ejemplo clarifica el problema. Julián y Ramiro no han recibido herencias materiales, pero el primero, a diferencia del segundo, tuvo la posibilidad de educarse y crecer en un entorno con contactos laborales. Ese contexto ha permitido que el ingreso de Julián sea hoy 20 veces superior al de Ramiro. Supongamos ahora que ninguno de los dos ahorra: todo lo que ganan lo gastan; Julián por voluntad, Ramiro por necesidad. En ese escenario, la riqueza acumulada es nula para los dos. Trivialmente, no hay desigualdad en la riqueza entre estas dos personas, lo que erróneamente nos podría hacer pensar en una sociedad igualitaria. Lejos de eso, Julián puede llevar año tras año un nivel de vida enormemente más holgado que el de su compatriota.

Pese a este inconveniente conceptual, el estudio de la desigualdad en la riqueza sigue siendo importante por varias razones.

Ricos vs resto

¹ La captación de actividades ilegales es también más problemática a través del ingreso: las personas tienden a subdeclarar con mayor intensidad los ingresos de ocupaciones ilícitas que los niveles de consumo sostenidos por el ingreso proveniente de esas actividades. En contraste, existen consumos en ítems ilegales o que el encuestado prefiere esconder (alcohol, tabaco, drogas, servicios sexuales) aunque los haya abonado con ingresos lícitos.

Los datos necesarios para implementar este enfoque provienen de fuentes administrativas, en especial de los registros de impuestos a los ingresos. El procedimiento es sencillo: se calcula el total de ingreso declarado por el 1% más rico de la población en el impuesto a la renta y se lo compara con el ingreso nacional estimado por el sistema oficial de Cuentas Nacionales. Un problema usual es que el 1% más afluente típicamente incluye a una gran cantidad de profesionales, comerciantes, pequeños productores exitosos, que no encajan del todo bien en nuestro imaginario de “millonarios”. Algunos entonces restringen aún más el grupo de ricos y lo limitan por ejemplo al 0.1% superior. En Argentina, uno de los pocos países latinoamericanos con algunos datos para implementar estos cálculos, ese 0.1% superior (unas 40.000 personas) reúne el 7% del ingreso total.

El desfile de los enanos y unos pocos gigantes

Pueden seguir leyendo; el título no pertenece a otro libro. El “desfile de los enanos y unos pocos gigantes” es el nombre de un gráfico propuesto en 1973 por Jan Pen, un economista holandés, para visualizar la distribución del ingreso. El gráfico es sencillo: muestra el ingreso real promedio de toda la población ordenada en 100 percentiles -del más pobre al más rico. La fama del gráfico proviene de la motivación propuesta por Pen, que acá la ilustramos con el caso de la población adulta y con trabajo de Argentina. Ordenemos a ese grupo de argentinos, compuesto por unas 10 millones de personas, de acuerdo con sus ingresos laborales de forma ascendente y simulemos un desfile en ese orden. Primero aparece el más pobre, luego el siguiente y así hasta el más rico (en términos de sus ingresos laborales). Y ahora el punto interesante de la historia de Pen: asumamos que la altura de cada persona es proporcional a su ingreso. Un paso más: re-escalemos esas proporciones para que la persona de ingreso medio en ese desfile mida la altura del observador del desfile, digamos 1,70m. El ingreso laboral promedio en Argentina en 2019 era de \$26.690. Tomemos una persona promedio del decil 3, que ganaba \$11.692: en el desfile de Pen su altura sería de tan solo 74 centímetros. Último detalle del desfile: supongamos que dura una hora, desde que aparece el más pobre hasta que se retira el más rico.

¿Qué forma se va gestando en los ojos del observador a medida que transcurre el desfile? Los primeros que desfilan son casi imperceptibles: la persona promedio en los primeros 6 minutos del desfile apenas mide 20 centímetros. Cuando llegamos a la mitad del desfile, aún continúa marchando gente de altura inferior al observador; la persona mediana mide 1,50 metros. Recién a los 45 minutos de este desfile de una hora comienza a marchar gente

de altura semejante al 1.70m del observador. En los 6 minutos finales, cuando las personas del decil 10 comienzan a llegar, la altura aumenta rápidamente. Los abogados, médicos, funcionarios miden más de 4 metros; en el último minuto aparecen empresarios, deportistas y artistas exitosos, que se vuelven gigantes para el observador ya que miden más de 10 metros. En los segundos finales unos pocos gigantes de 60 metros de altura cierran el desfile.

El desfile de los enanos y unos pocos gigantes de Pen es más extremo en el caso de otros países latinoamericanos. Mientras que en Argentina la altura del gigante promedio del decil superior es de 5 metros, en México es de 6.6, en Colombia de 6.7 y en Brasil de 6.9 metros.